

151







Providencias Maravillosas
DE N. SEÑOR CON LA
IGLESIA DE CARMELI-
TAS DESCALZAS
DE SAN JOSÉ
DE AVILA



PUBLICADAS POR LAS
: : MISMAS EN 1921 : :



TIP. Y EN. DE SÉNEN MARTIN
AVILA



DICHO DE FRANCISCO DE MORA PARA EL PRO-
CESO REMISORIAL DE LA CANONIZACION DE
SANTA TERESA DE JESUS (1)

En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios verdadero, y de la gloriosa Reina de los Angeles, Virgen y Madre de Dios, Señora nuestra: Yo Francisco de Mora, siervo y esclavo de los siervos de Nuestro Señor Jesucristo y aposentador del palacio del rey D. Felipe III y su Arquitecto, pido y suplico a este gran Señor se aposente en mi alma y me dé gracia para todo lo que aquí dixere, que por condescender con lo que mi confesor me ha mandado, escribo esto. Quiera el Señor que sea para gloria y honra suya, pues sabe Su Majestad lo que he reusado el hacerlo. Y así digo, que habiendo los años atrás entendido los Padres Carmelitas Descalzos la gran devoción que tengo a la Madre Teresa de Jesús, Fundadora de su Orden, y algunas mercedes que el Señor por medio de esta Santa me ha hecho, me han pedido con encarecimiento que en esta ocasión de la información que se hace para su canonización diga mi dicho. Y así, por consejo de mi confesor, la escribo de mi mano, para darla sellada, que no lo sepa nadie, si no es los señores que para el dicho efecto en la Corte Romana de N. M. S. P. Paulo V lo hubieren de ver, a quien suplico con mil encarecimientos que, por amor del Señor, ninguno otro la vea, pues solo para este efecto se escribe.

(1) Francisco de Mora fué trazador muy aventajado de los Reyes Felipe II y Felipe III, y a él se deben muchas obras artísticas de El Escorial, del Alcázar de Segovia y otros monumentos.

2. Tuve la primer noticia de esta Santa el año de mil quinientos setenta y cuatro, poco después que ella fundó el Monasterio de Alba en Tormes, donde agora está su cuerpo; porque este año, por el mes de Marzo, fuí desde la ciudad de Salamanca a Alba, y llevé unas cartas a Teresa de Layz, por quien se fundó el dicho Monasterio, y entonces hablé a Teresa de Layz y negocié lo que llevaba con ella y me pidió viese cómo iba la labor de su iglesia: Mas no ví, ni conocí a la Madre Teresa de Jesús, que estaba a la sazón allí.

Después del año de mil quinientos ochenta y uno, estando Su Majestad el rey D. Felipe II en Lisboa, que ya había dos años que le servía, se ofreció de haber de hacer un ingenio de labrar moneda al uso de Alemania, y habiendo venido de allá catorce o quince alemanes, enviólos Su Majestad desde Lisboa a Sevilla, y con ellos a el P. Mariano, de nación italiano, a quien la M. Teresa dió el hábito en Pastrana, que por ser este Padre gran ingeniero, le envió y a mí con él, para ver la disposición del agua y recado que en Sevilla había para asentar al dicho ingenio.

3. Los alemanes y su lengua, posaban siempre en una posada y el Padre Mariano y yo en otra. El me decía algunas veces de la Madre Teresa de Jesús, porque la quería mucho; pero no cosa que yo reparaba, ni se me daba nada de ello. Sucedió que vuelto Su Majestad de Lisboa a Castilla, como yo siempre le servía en las cosas de sus fábricas de San Lorenzo, y otras partes, siempre que andaba con él, por ser el fabricar tanto de su gusto; y así el año de mil quinientos ochenta y cuatro, por el mes de abril, cuando Su Majestad solía ir a la primavera a Aranjuez, llegué desde allí a Ocaña, que está dos leguas, y visité un Monasterio de Monjas Descalzas, Dominicas y a la Priora, que era una santa mujer, llamada Beatriz de Jesús, la cual tenía sus monjas Descalzas, tan en observancia, que guardaban su Regla con gran rigor, y grandes penitencias y las Constituciones de la Madre Teresa de Jesús. Era la casa estrecha, que tenían el Santísimo Sacramento en un portal; y yo la tomé afición, y ella a mí muy grande, y me pidió hablase al Rey que las favoreciese en darles para labrar casa. Y fué el Señor servido que lo hiciese, y S. M. les dió, como tan piadoso, con que labrar dos cuartos, y acomodaron para iglesia una ermita de San Lorenzo que era muy buena, y se la había dado el Cardenal Quiroga, Arzobispo de Toledo. Hice la traza, vióla el Rey; hízose y acabóse la obra. Y la Sor Beatriz de Jesús, que por otro nombre se llamaba Doña Beatriz de Vargas, que era de gente muy ilustre de lo bueno de esta corte, como agradecida, siempre me encomendaba a Dios; y porque deseaba mucho mi salvación como

mil veces me dijo, me dió un libro escrito de mano que compuso la Madre Teresa de Jesús, llamado *Castillo Interior o las Moradas*, deseando mucho leyese en él y me aprovechase; lo cual yo hice muy mal; porque leía poco, y menos obraba lo que en él dice, y así no me sirvió más de saber que había una mujer, que se llamaba Teresa de Jesús, fundadora de las Carmelitas Descalzas; aunque la tomé una poca más afición que antes.

4. Ella era ya muerta dos años había, y yo trataba aquí en Madrid con un amigo, llamado Julio de Junta, natural de Florencia a quien el Rey tenía mucha afición, y le había dado sitio para labrar casa, y para hacer la *Emprenta Real*. Este era aficionado a las Carmelitas Descalzas de aquí de Madrid. Pidióme fuese allá con él un día y le hiciese las trazas para labrar su Monasterio. Fuí una y muchas veces y hícelo; cobré gran afición a estas santas monjas y cada día más a su Madre.

5. Pues sucedió que el año de mil quinientos ochenta y seis, por el mes de julio, el Rey me invió desde el Monasterio de San Lorenzo el Real, a la ciudad de Valladolid y a la de Salamanca, a ver y trazar las Librerías de los Colegios y Escuelas Mayores y Menores, que en estas ciudades hay, para vistas, trazar la librería y asientos de libros de la Librería de San Lorenzo, que como Rey tan prudente, quiso primero verlo todo que trazar su librería. Pues como yo hubiese ido primero a Valladolid, y hécholo, fuí desde allí a Salamanca; y en acabando de hacer las trazas de todo, quise venir por Alba, por ver, si podía, el cuerpo de la Santa Madre Teresa, por haber oído y ser noticia de muchas maravillas que Dios por medio de esta Santa y de su cuerpo obraba. Y así, un amigo mío, llamado Martín Cervera me dió una carta para la Priora de Alba, llamada Inés de Jesús que había dejado elegida Priora, antes de su muerte la Madre Teresa de Jesús. Pidióme el amigo me mostrasen algunas reliquias de la Santa. Dí mi carta en Alba a la dicha Priora, que hoy lo es, y lo ha sido tres trienios interpolados, y era por la mañana. Respondióme que el cuerpo lo habían llevado a Avila, y allá estaba y está con gran sentimiento; que me volviese a la una hora después de medio día, que ella me mostraría el brazo por la iglesia. Dióme a esta hora una andadera (sic) la llave de la iglesia, y abrí y éntre solo; y por la ventanilla de comulgar las monjas a el lado de el Evangelio, la abrieron y me dieron por ella el brazo, envuelto en un tafetán carmesí. ¡Cosa maravillosa de ver!, que con haber cuatro años que era muerta, no parecía sino de cuerpo vivo. Alabé a Dios, y díjeles a las monjas que mirasen cómo habían fiado el brazo, que me quería ir con él; pues teniendo las llaves de

la iglesia, podía, no porque fuese mi pensamiento hacer tal. Respondióme la Priora, que bien sabía a quién lo fiaba.

Yo le cobré desde entonces extrañísima afición a esta Santa y sin que las monjas lo viesan, con las uñas de los dedos tomé un tantico del tamaño de medio garbanzo, y aun menos, y envolvílo en un papelico pequeño, y metílo en mis horas, y guardélas, y volvíles el brazo. A mi me quedaron los dos dedos bañados con óleo, que sale de él, que me espanté. La Priora, sabiendo que venía de allí a San Lorenzo, donde estaba el Rey y la Infanta Doña Isabel, me dió un pedazo de la túnica con que enterraron a la Santa, de cuadro, en cuadro, toda empapada en óleo de su cuerpo, guarnecido este pañito de perlas menudas alrededor, para que lo diese a la dicha señora Infanta; y a mi me dió otro poquito de lo mismo, muy chiquito.

6.^a Despedíme, y vine aquella tarde cuatro leguas a dormir a un lugar que llaman Peñaranda; y a la noche saqué del pecho el pañito que traía para la Infanta, y de entre las horas el poquito de carne envuelta en el papelito, el cual hallé todo manchado de óleo; la mancha, del tamaño y medida de esta señal de la margen, tiénela en ella figurada; y el pedazo de carne es como la señal del medio. Acertóse a meter acaso y de priesa en el oficio de los Difuntos; y la mancha del óleo de tan pequeña cosa, no sólo pasó el papelillo en que se envolvía, más del través, y casi la mitad a la larga, todo el verso que dice: *In capite Libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam: Deus meus, volui, et Legem tuam in medio cordis mei.* Como vi esta cosa tan maravillosa, quedé expantado de ver una maravilla como esta. Y otro día madrugué para proseguir mi camino para el Escorial, por ver, si podía, este santo Cuerpo y santa, si había orden. Traía carta de la Priora de Alba para la de Avila.

Con hacer grandes calores para llegar a ésta, traía tan grande afición que caminaba con la mayor calor de la siesta, de manera que ni los criados me podían alcanzar, ni yo de dejar con esta ansia de llegar a Avila sin ellos. Al bajar de unas cuestas que hay cerca de el puente de el río que está junto a la ciudad, traía, por el cansancio del camino, la pierna derecha sobre el arzón de la cabalgadura y el pie izquierdo en el estribo. Tropezó un poco la mula, y caí de un lado al izquierdo, y siempre el quitasol en la mano; y andando la mula, a mi parecer más de cincuenta pasos, y siempre yo colgado del arzón de la hebilla de la rodajuela de la espuela, y a mi parecer venía como sustentado de alguno, tanto que miraba a un cabo y a otro a ver lo que era; y cuando más descuidado, me

hallé en el suelo de pies, y mi quitasol en la mano, como cuando venía a caballo. Yo por entonces no caí, que traía conmigo aquellas reliquias, ni caí en ello hasta pasado más de un año; y conocí que por la misericordia del Señor y las reliquias que traía de esta Santa, me había el Señor librado de este peligro.

7. Llegado a Avila, fuíme con aquella ansia a apearse en el Monasterio de San Joseph; dí mi carta a la Priora, la cual me dixo que era imposible ver el cuerpo de la Santa, porque estaba en su capitulo y muy cerrado. Pedíle me abriese la iglesia, que quería entrar allí. Hízolo, y estabase a la sazón acabando de labrar, que le faltaba poco la capilla mayor de esta iglesia, que de limosna la hacía D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Palencia que había sido de Avila. Iglesia muy estrecha y ahogada, y el altar mayor en una capilla muy pequeña, y todo muy pobre. Díxole a la Priora que se llamaba María de San Jerónimo, que quería sacar la planta de aquella iglesia y de la capilla nueva que hacía D. Alvaro de Mendoza. Ella estaba entonces a la reja de el coro y me dixo que la hiciese. Hícela y pregunté que un nicho con reja que estaba debaxo de la del coro nuevo, que ¿para qué era? Díxome que para poner el Cuerpo de la Madre Teresa. Saqué plata y monte a del nicho y reja, tomando la medida para hacer una traza de una caja riquísima para meter el Cuerpo de la Santa y mostrársela al Rey, y pedirle que la hiciese. Acabadas las trazas, me fuí a San Lorenzo y dí a Su Majestad lo que traía de las librerías, y a la Infanta su reliquia de la Santa Madre. La cual, en presencia de su padre, la tomó y besó con la boca y los ojos, y guardó; y dixo a su padre en mi presencia muchas maravillas de la Santa Madre y él las oyó muy bien.

8. Pues a pocos días que tenía hechas las trazas para la caja riquísima de bronce dorado y jaspes finos, supliqué al Rey que hiciese aquel servicio de aquella caja a la Madre Teresa de Jesús. Eran las cajas de tres diferencias, unas más costosas que otras. Y mostréle la traza de la iglesia tan pobre, por ver si se aficiona a hacer la caja o labrar algo de la iglesia. Después de vistas y miradas, no me respondió más de «guardadlas estas trazas». Y así lo hice ventidós años, como abaxo se verá, número 25.

9. Yo escribí a la Priora de Avila una carta, diciendo lo que había pasado. No tuve respuesta; y después escribí otra y tampoco la tuve, o porque no recibieron las misas, o no sé por qué; que yo quedé algo triste, porque deseaba tener amistad con tan santas monjas, y veía que por mis pecados no lo merecía y así las olvidé por entonces.

10. Pues como tenía el amigo Julio de Junta, que tenía la Em-

prenta Real, que al presente está en Florencia, sucedió imprimir las obras de la Madre Teresa en Salamanca, que tenía allí un agente suyo, y se imprimieron el año de mil quinientos ochenta y ocho.

De los primeros libros, me dió uno, y fui comenzando a leer; y de las más impresiones que hacía de otros libros me daba uno. Hizo segunda impresión el año de mil quinientos ochenta y nueve de el dicho Libro, y dióme otro. Por manera que por libro no me quedara de aprovechar, si por mi maldad y descuido no quedara.

Todo el tiempo que los acostumbré a leer, fué el Señor servido fuese concertando un poco mi desconcertada vida; y sentía me hacía provecho el leer en ellos; y hícelo pocos años, que mi mal natural y ruines costumbres me hicieron olvidar de tomallos en las manos, cuanto más leerlos; y torné a ofender más y más al Señor, tanto que no sé yo en el mundo pecador mayor que yo. Y fué de manera el olvidar tanto esta Santa y sus libros, que fui a Avilá a aposentar al Rey D. Felipe III, el año de mil y seiscientos, y no me acordé, con estar allí ocho días más, si había monjas carmelitas, ni tal madre Teresa hubiese habido. Y así, como he dicho, siempre en mi vida y costumbres, cada día iba peor, y más olvidado de ellas.

11. Pues andando con este discurso de tiempo, el año pasado de mil seiscientos y siete, estando Su Majestad del Rey D. Felipe III y la Reina Doña Margarita, su mujer, el verano en San Lorenzo el Real fueron a los primeros de agosto a la librería, y entre los de la librería que hay de mano escrita, estaban en un caxón guardadas con un libro, de mano propia de San Agustín, todas las obras que escribió de su mano la Madre Teresa de Jesús, que el Rey D. Felipe II había mandado recoger por la estimación que de ellos tenía. Y habiéndolos visto, mandó al bibliotecario que dejase fuera del caxón aquellos libros de la Madre Teresa. Y vueltos Sus Majestades a sus aposentos me mandó el Rey a mi ir de su parte a decir al Padre Prior que aquellos libros de la Madre Teresa de Jesús, que se los enviase conmigo. Fui mandándomelos dar y tráxelos yo por mi mano. Son cuatro los libros: uno de su vida: otro también grande y no de tanto volúmen de las *Fundaciones*: otro del *Camino de Perfección*, de el cuarto de pliego; otro también en cuarto de pliego y menor volúmen de las Reglas y Avisos que da a sus monjas; todo de su propia mano, que por conocer su letra y haber visto muchas cartas y papeles suyos lo certifico.

12. Su Majestad iba leyendo el de la vida, y como estaban en su aposento, cuando no estaba allí, o era ido fuera, yo leía en ellos, que era para mi de grandísimo consuelo. Y porque todos los tenía yo impresos, si no es el de las *Fundaciones*, que no lo anda, supliqué

al Rey me hiciese merced de prestar aquel libro; hízolo, llévele a mi aposento, y encerrado en él, lo hize trasladar a dos mancebos; uno leía, y otro trasladaba. Cuando iba al cabo la traslación de él, sucedió que un criado mío, vizcaíno, llamado Domingo de Tal, tuvo un gran corrimiento a las muelas, y un barbero ignorante, teniéndolas buenas y sanas, le sacó una; y por estar muy fuerte, le arrancó un poco del encaje de la muela en la quixada. Estaba el pobre mozo con grandes dolores del mal suceso. Yo le tuve lástima, y le hize entrar en mi aposento a solas, y le hize hincar de rodillas y dixele, abierto el libro, que aquel libro era escrito por una Santa, que se encomendase a ella; y así abierto, se le puse en la quixada. ¡Oh bondad y misericordia de Dios! que luego, inmediatamente, este mozo estuvo bueno y sano y sin dolor. Yo le dixele lo callase y no dixese nada y así lo hizo, dando gracias a Dios y a esta Santa. Yo tuve el libro como veinte días y trasladado, le volví al Rey; y como le había leído, continué en leer el de la vida, que he dicho leía el Rey y señalaba con un papel dónde iba.

13. En este de su Vida había una hoja, que cuando la Santa lo escribió la dejó en blanco, porque se debió de pegar una hoja con otra, y quedaron en blanco dos planas, que se miran la una a la otra; y como la Santa lo vió después, escribió a la esquina de abajo, de el tamaño que abajo está: *Esta hoja quedó en blanco, pase adelante.* Yo tenía grande ansia de tener siquiera dos letras de mano de esta Santa, y así me atreví de cortar esto poquito que no hacía falta al libro, como lo hize, y pegué por el canto una hoja con otra, y así no era menester el letrado. Guardé, y tengo muy guardado el papel, y vine con él a Madrid, por venirse de allí los Reyes; aunque por haber descomuniación para los que tomaren libros, o otras cosas de la librería yo quedé con algún escrúpulo, pero cada día con más y más afición de esta Santa.

14. Pues llegados a Madrid, procuré luego buscar confesor muy teólogo y santo, y traté con él mi escrúpulo, diciéndole lo que era, paseándonos, y que me quería confesar con él. Díxome que él no podía, pero que me daría un confesor que me acordaría de él y le agradecería el habérmelo encaminado. Este Padre a quien fui, era mi conocido, y díxome: «Mucho me huelgo de que traigáis tan buen escrúpulo». Tomó el papelillo y holgó mucho con él: y díxome mil cosas que sabía de esta Santa, y mandóme esperar, y tráxome el confesor que me prometió, muy santo varón y muy teólogo. Púseme a confesar muy despacio, y muy de atrás. Dixele cómo iba mi vida perdida, y por la voluntad del Señor iba un poco mejorando mientras leía los libros de esta Santa. Mostréle el papelico; estimó-

lo y dixo que le tuviese, que no había de tener escrúpulo, que no hacia falta al libro, que la descomunióon no era para esto. Oída mi confesión, que como digo, fué bien larga, me mandó que en todo caso continuase a leer los libros impresos de la Madre Teresa. Yo le pregunté, si los había, él leído o visto, o tenido más noticia de esta Santa. Díxome que no los había visto ni leído, porque no es hombre que sale de una celda, ni de su casa; mas que para él no era menester saber más de que era fundadora de una Religión, para entender lo que era. Yo le dixé, le llevaría un libro de dos que tenía, y así otro día le llevé el de la segunda impresión que me dió Julio de Junta. Quedé muy aficionado a este Padre, y supe y me informé de algunos frailes de su casa, de su vida y modo de vivir.

15. Otro día, digo dos días después de dado el libro volví a visitar al Padre y halléle sentado en una tabla que tiene por cama y en su Orden la tienen todos, y una manta y a veces un pellejo sobre la tabla. Estaba muy embebido leyendo su libro. Empezóme a decir mil bienes de él. Yo no le quise ocupar, y fuíme presto. Y volví de allí a otros dos días a verle, y halléle de la misma manera. Díxome «¡Oh Fulano! ¡y que libro este! De todos cuantos libros he leído en mi vida, que ha sido toda la Sagrada Escritura, Santo Tomás, y otros libros, que me nombró de Santos, todos ellos, dice, no me han movido tanto como este libro; y tanto, que si hoy no fuera religioso, solo por lo que he leído de él me metiera luego en la religión». Ibase tanto este Padre encendiendo en amor, cuando me trataba de esta Santa, que era para alabar al Señor. Pocos días después se le hurtaron el libro de la celda, como no acostumbran llaves en la su Orden. Y adviértase que esta Orden no es de Carmelitas Descalzos ni Calzados, sino de las otras Ordenes de las más estrechas. Yo le dixé que no tuviese pena del libro, que rogase a Dios aprovechase al que lo llevó, que yo le daría otro. Y así lo hice, que le compré dos: uno todas las obras impresas de la Madre Teresa, de la quinta impresión y otro el que hizo imprimir y compuso el Obispo de Tarrazona. El dixo que no los podía recibir si no decía en ellos los entregaba y daba de limosna a la casa. Y así lo hice, y él quedó por entonces con ellos.

16. Sucedió, pues, que en el mes de Diciembre, del principio de él, de este mismo año de mil seiscientos y siete, un criado del Rey ayuda de Cámara, me dixo estas palabras: «El Maestro de la Cámara de el Rey Guillamas, hace de limosna una capilla en San Joseph de Avila; dadnos limosna para ella». Yo me acordé que la otra vez, ventidós años había no había podido trabar amistad con estas Monjas, y que aquella ocasión de darles limosna para esta obra

era buena coyuntura. Y así le dixé: Yo tengo una libranza en el Maestro de la Cámara de seiscientos reales; déme los trescientos y los otros trescientos yo los enviaré a las Monjas, que no quiero darla a él, sino a ellas». Díxome, que estaba bien; que él se lo diría. Y así lo hizo, y la aceptó y no lo dió por entonces. Yo también se lo dixé un día al mismo Maestro. Este ayuda de Cámara que he dicho, que se llama el Capitán Triviño, me mostró un día una carta de mano propia de la Santa, escrita a las Indias, a un hermano suyo, que estaba allá; tiene seis planas escritas. Yo le rogué que me la diese para trasladarla; hízolo; y a la postrera letra que escribí, me dió un gran frío, y tras él, calentura muy recia. Con el frío me puse la carta dicha sobre la cabeza, y me hizo luego hacer un gran vómito de cólera. Guardé la carta conmigo, y el mal fué de rechamente cuartana. Visitáronme los médicos, y por ser en diciembre, me decían tenía buena ropa para el invierno. Yo, confiado en Dios y esta Santa, pasaba mi mal. Los días de cuartana poníame el papelico, que corté de el libro de su Vida, a raíz de las carnes, al lado izquierdo, sobre el brazo. Sentía con éste y la carta grande alivio. Fué el Señor servido que, a cinco cuartanas me faltó.

17. Yo fuí a dos días a ver mi confesor, que, como he dicho, no sale de su casa, ni me fué a ver. Díxelo el caso, y cómo había tenido el papelico puesto. Y entonces le llevé a mostrar el pedacito de la carne que quité del brazo. Díxome que tomase aquella poquita de carne; y cuando hubiese de beber, en el agua hiciese con ella la señal de la cruz, metiéndola en ella, y que confiase en Dios y en esta Santa, que no me volvería más cuartana. Así lo hice y sucedió; sea Dios alabado por ello. Yo me confesé cuando digo le fuí a ver, y le dixé, que en gracias de esta merced, que el Señor me había hecho por intercesión de esta Santa, quería inviar a las monjas de Alba, donde estaba su cuerpo, un poco de dinero para ayuda a su canonización. Díxome le parecía bien; que lo hiciese. Era mi intento, que aunque era poca, en el mismo lugar se echase en renta hasta el tiempo de la canonización, y los réditos fuesen en el interin para las monjas. Parecióle bien, y así otro día le escribí a Inés de Jesús, (a quien dixé era Priora cuando me mostraron el brazo), diciéndole no otra cosa, que quería hacer a la Santa aquella limosna en aquella forma.

18. Mientras fué la carta, antes de volver respuesta, me fuí a confesar, y después de la confesión me dixo el dicho mi confesor, sin yo acordarle nada de esto: «Aquella limosna que había de hacer para la canonización de la Santa Madre Teresa, envíesela a las monjas, que están con grande necesidad; y no con obligación de que

se eche en renta, ni sea para canonización». Y con grande alegría me dixo: «Ella se está harto canonizada. Haga lo que le digo». Yo fui a la posada y escribí a Inés de Jesús, que mi confesor, que era un fraile de tal Orden, me había mandado les enviase el dinero, y no que fuese para la canonización, sino para el convento, que tenía necesidad, que con el arriero de Alba se lo enviaría el primer camino, como lo hice. Y a esto me respondió las palabras siguientes: «Que el religioso confesor, que le había dicho los enviase al Convento, que no creyese que era sino algún ángel que le había alumbrado; porque jamás la casa se había hallado en tanta necesidad como al presente, cuando llegó la limosna. Estas santas monjas son muy agradecidas, y tienen mucho cuidado de encomendarme a Dios, y me enviaron algunos días adelante una carta de la Santa Madre, que no la estimé en poco.

19. Pasóse algún tiempo, y yo siempre acudía a mi Padre espiritual y confesor, amándole como le amo, extremadamente en el Señor. La Cuaresma siguiente, que fué el año de mil seiscientos y ocho, quise ir a confesar el Miércoles de Ceniza, y por ocupaciones no pude, y diferílo para el primer Domingo de Cuaresma, que fué a 24 de febrero; y acabando de confesar, a las ocho y media de la mañana, me dixo, como al descuido, las palabras siguientes: «En San Joseph de Avila hay dos almas a quien el Señor ama mucho en grande manera. La una se llama Fulana, y otra compañera suya. Sepa de un criado del Rey, que de limosna hace labrar la Iglesia de San Joseph». Por lo que había sabido de el capitán ayuda de Cámara, le dixé: «¿Quién es?» «¿Llámase Guillamas?». «Ese, dice, es, y la obra que van haciendo, no va buena; y no le contenta al Señor, que iglesia donde Su Majestad ha de obrar tan grandes maravillas, vaya como va; ni la cubierta sea de madera, sino que en todo caso sea de bóveda, y que vaya muy bien hecha. Es menester que hable como de suyo a Guillamas, y en presencia de su mujer, buscando buena ocasión, les diga, que adviertan que la Santa no dice en sus libros que las Iglesias sean hechas de maderas, y toscas, sino las casas de la habitación, porque sean éstas humildes que no hagan ruido al caer el día del Juicio; y que la Iglesia en todas maneras la hagan de bóveda; y hecho esto, es menester que se llegue a Avila y dé traza como la Iglesia se haga bien; y en todo caso sea de bóveda». Yo le dixé que ahora era Cuaresma, y yo acostumbraba a oír todos los días sermón en la Capilla de palacio, donde hay los mejores predicadores. A esto me respondió o replicó: «Buen sermón se oye haciendo lo que Dios manda. No pide la obra

dilación, que van con ella muy adelante, y no va bien. Procure hacer lo que he dicho y ir luego».

20. Yo, como vi lo que he dicho me dixo, me hallé indigno, como miserable pecadorcillo, a servir en esto. Obedecí y dixele que por hacer mal tiempo y haber de pasar a Avila los puertos por la nieve, si sería bien ir por el camino breve de las Navas, que es mal puerto de invierno, o por Guadarrama y el Espinar, que se arrodean tres leguas. A esto me replicó. «Vaya por do quisiere: vaya por cerros, vaya por valles, que el Señor irá con él. No tema de el camino». Y esto replico otra vez. Y poniéndome dos dedos de la mano derecha en el pecho, me dixo: «Vaya, que Dios le hablará en el camino y le dirá lo que ha de hacer y téngase por muy dichoso en que Dios le haya escogido entre millares para esta obra suya; y tiene librada su salvación en este servicio, que le ha de hacer. Mire no lo pierda por su culpa». Yo me aparté de él con harta confusión mía, viendo mi pequeñez y baxeza, y que jamás he entendido sino en ofender a este gran señor, que por todo sea bendito y alabado. Fuíle a recibir con buen agradecimiento a tan alta merced y de a oír sermón a la capilla de palacio.

21. Olvidábase de decir, que me dixo que aquel hombre había perdido mucho en creer a su mujer; porque él tenía buena intención de hacer bien la iglesia, y ella le había vuelto a que no; y así a ella echaba la culpa. Y me dixo: Cuando Dios llama por una parte y no le responden, busca por otra». Esto tornándome a poner los dedos en el pecho, y tornando a decir que fuese confiado. Y debió de parecerle yo lo tomaba con tibieza, y me dixo: «Vaya, que habrá memoria de él en aquella casa para siempre». Y me replicó: «No digo solamente en aquella casa, mas en toda la orden». Y entendí lo decía por ponerme más codicia a ir; y así dixele lo haría. Aunque sabe Dios lo poco que se me da de que haya memoria de mí; porque ¿qué va que haya memoria, que no la haya de un poco de estiércol?

Pues vuelto de misa y sermón, yendo a comer a mi casa, a el entrar en ella (¡Oh, lo que el Señor quiere, cómo allana los montes y encumbra los valles!), yo a entrar, y un criado de Guillamas atravesar por delante de la puerta, llamado este mancebo Francisco de la Parra. El me dixo: ¡Ah Señor! ¿Cuándo nos quiere dar aquellos trescientos reales de la limosna?» Paréceme que con ser yo muy conocido de este mancebo en la corte, ninguna vez le había topado, ni visto en calle ninguna, sino en casa de su amo, sino sola esta. Yo le dixele bien disimuladamente: «Venga acá, hermano, ¿para qué es esta limosna?, haciéndome muy de nuevas». El me dixo: «Para la iglesia de San Joseph de Avila de Carmelitas Descalzas».

Yo le dixé: «¿Qué oficial la hace?» Dixome: «Los de allá. Y agora quiere mi Señor enviar allá a Juan de Herrera»; este oficial es de carpintería.

Yo le dixé: «¿A obra de piedra quiere enviar carpintero?» Dixo: «Fáltale poco». A esto le dixé: «Decidle a vuestro amo, que por ser de la Madre Teresa quiero yo ir allá a verla y trazarla, y el camino hacerlo a mi costa, y más dar para esta obra todos los seiscientos reales de la libranza». El mozo no fué perezoso, que presto fué a su amo a decírselo. El cual, por estar en la cama malo, en una hora me envió tres o cuatro veces con mucha priesa, rogándome, que, pues quería hacer aquella buena obra, que me suplicaba le viese, y vería unas trazas y condiciones que le habían inviado para cubrir la iglesia, que él no me venía a ver por estar malo en la cama. Yo respondí que iría.

23. Y ese propio día que me lo mandó el Padre a las cuatro horas de la tarde, tomé mis trazas que había hecho en la iglesia vieja, veinte y tantos años había, y el Rey me había mandado guardar, y fuí a verme con Guillamas, que estaba en la cama, y hallé a un lado de ella a su mujer con el libro impreso de las obras de la Madre Teresa, que ella y el son bien de devotos suyos. Tratamos de la obra y lo que ellos pretendían hacer. Parecíérome muy mal. Mostréles la traza mía antigua, y dixé que bien sabía cómo era lo viejo, y sobre ello había cargado lo nuevo; que no valdría nada. Híceles mi parlamento, que me había mandado mi confesor, lo más disimuladamente que pude. Oyéronme con grande atención y mirábanse el uno al otro, y dixo la muxer a su marido: «¿Qué le parece?» El respondió: «Ya lo veis». Y ella volvióse a mí: «A fe, Señor, que eso que no le dice *v. m.*» Yo le dixé: «¿como no?» «¿no ve que digo yo?» Dixo. «No Señor». Concertóse que fuese la ida lo más presto que ser pudiese. Y él escribió a las monjas, que habiendo yo sabido de esta obra, por ser devoto de la Santa Madre, quería ir a vella. Y él se holgó mucho, y ellas allá también; aunque ya aquella Priora que me habló tantos años había, cuando hice la traza, era muerta, y ninguna de el convento me conocía, ni nadie allí tenía memoria de mí.

24 Despedíme de él, y por ser al anochecer, no fuí a decir al confesor lo que me había sucedido. Hícelo otro día, y me encargó la brevedad de la partida, diciéndome muchas cosas. Detúveme toda aquella semana; y sábado, a primero de marzo, día del Angel de la Guarda (hoy día que esto escribo, que es el mismo día, hace dos años), pedí licencia al Rey para llegar a Avila a ver una iglesia, que llevaban mal fundada de las Carmelitas Descalzas de San

Joseph, que iría de allí a dos o tres días. Diómela y fuí luego a hablar al Duque de Lerma, y decirle lo mismo. Tomólo mal, y dixo: «¿Agora quiere ir a Avila? Aguárdeme unos pocos de días, que hemos de ir a Lerma juntos; y entonces irá por Avila y alcanzaráme en Lerma. ¿Para qué quiere pasar tantas veces los puertos?» «Yo le dixe que no le penase eso; que yo era el que lo había de pasar; que la obra iba errada, y no permitía dilación; que qué se le daba que después de vuelto pase otra vez los puertos con él; y más que el camino para Avila era muy diferente que para Lerma. Respondióme con un poco de enojo y cólera: «Pues si ha de ir, vaya luego mañana, para que vuelva a tiempo, que vamos a Lerma juntos». Vi los cielos abiertos, a manera de decir; recibí contento grande y dixe que sí. Despedíme de él y de el Rey, que era un poco antes de anochecer, y fuí luego a mi confesor. Díxele el caso, y mi partida; dióme su bendición. Tornóme a decir: «Vaya en hora buena, que Dios irá con él». Escribí un papel a Guillamas, que escribiese a las monjas que me iba otro día; que muy de mañana de paso tomaría las cartas y trazas y condiciones que le habían traído. Hízóse así y

25. Domingo dos de Marzo, de mañana, tomé el camino, y lunes, a tres, a las cuatro y media de la tarde, llegué a Avila; y sin apearne fuí derecho a la iglesia y ví que sobre lo viejo de la iglesia vieja habían levantado paredes de piedra seca y barro, y llegaban ya con la obra cerca de la altura de poner las maderas de el techo. Sabe el Señor si me estrechó el corazón en ver que la capacidad de la iglesia era pequeña, y en ninguna manera podía ser grande, respecto del sitio, porque ya por el camino traía imaginado, y me había puesto el Señor en el corazón de derribar toda la iglesia hasta echarle fuera los cimientos; mas mi ánimo era de hacer se hiciese una grande iglesia. Mas visto el estrecho sitio, que no podía ser tan grande como mi ánimo, quedé así. Salí de la iglesia, y hablé primero en ella a los oficiales que la labraban, y dixe que no se cansasen más de trabajar, hasta que resolviésemos lo que se hubiese de hacer. Fuí a hablar a las Monjas a la portería, que ya me estaban esperando, que les habían dicho había llegado, como antes había escrito Guillamas a ellas y al licenciado Francisco de Mena su confesor. Fué tanto el contento que recibieron conmigo, que no se puede imaginar. Estuvé con la Priora que se llama Isabel de Santo Domingo, y con la Superiora. Contáronme la diferencia que había, en que les parecía a unas fuese de bóveda y bien hecha; y a otras, que por su pobreza y ser de limosna, y ellas no tener nada, les parecía fuese de madera; y ansí tenían determinado que sobre

las paredes que habían levantado de piedra y barro, se pusiese la misma armadura vieja de madera, que todavía se estaban buenas las maderas. Yo les dije que lo encomendasen a Dios, que todo se haría bien; y por ser tarde, me despedí y fuíme a posar con el dicho Francisco de Mena.

26. Otro día, martes por la mañana, a cuatro, la primera cosa que se hizo fué decir Mena en el altar mayor una misa del Espíritu Santo, cantada. Oficiaronla las monjas; y acabada se comenzaron hacer las nuevas trazas; y para algunas medidas del sitio y ver la correspondencia de adentro, fué forzoso entrar dentro del convento. Cuando me despedí de mi confesor en Madrid para venir, me dixo que a la monja Fulana le dixese de su parte, le pidiese, por las llagas del Señor, que ella y su compañera le encomendasen mucho a Dios y le suplicasen le hiciese buen fraile, y que él las ofrecería en sus pobres oraciones, sacrificios y disciplinas, hacerlo por ellas mientras viviese; y que mirasen fiaba mucho de ellas, después de Dios, su salvación; y esto con grande encarecimiento. Yo le dije: «Padre, ¿quién es la compañera de esa monja?» El me dixo: «Ella lo sabe. Dígale esto, que ella lo entenderá». Y no quiso decir en ninguna manera el nombre.

27. Pues como entrásemos dentro de el Convento el confesor y dos oficiales de los que hacían la obra y yo, anduvimos de la casa lo que era menester. Iba la Priora, y la Supriora, y otra monja, que llaman Inés de Jesús, con nosotros. Fué forzoso ir a la huerta a tomar unas medidas; y estando en ella, dije a las tres monjas: «¿No hay aquí una monja que se llama Fulana?» Dixeron: «Si». Y la Priora dixo: «Llámenla». Hiciéronlo así y vino. Yo la saludé sin decirle más. Y andando todos por la huerta, vila apartada un poquito de las otras, y empecela a decir: «Un Padre, de tal Orden, me mandó que dixese a v. m, que ella y su compañera»... Llegado aquí ella me dixo muy pasito: «No aquí, no aquí». Hízome callar y fué de manera, que esta vez que fuí a Avila nunca más la pude hablar, ni hubo medio ni licencia para a solas, porque la había de dar el General o Provincial y no estaba allí. Por manera que el recado se quedó sin dar; aunque hablarla en compañía de las tres ya dichas monjas, tres días que allí estuve, siempre la hablaba.

28. Tomáronse las medidas, y todo lo que había que hacer; y un poco antes de salir de el convento llamé a parte de las otras a la Priora, y dile veinte escudos en oro para ayuda a la comida suya de aquellos tres días, que yo allí había de estar, y dije no lo dixese a nadie. Parece fué decirlo al pregonero; porque al abrir la portera la puerta de la portería, dixo recio, que lo oyeron todas: «Veislo,

que no sólo viene a hacernos hacer la iglesia, pero nos ha dado veinte escudos para que comamos». Yo me enojé con ella y la dixe: «¿Pues esto le encomendé?». Con las medidas continué en hacer las trazas, que tardé tres días en hacer plantas, y perfiles y montañas, con tres capillas más que las que iban hechas; que las dos, dexó la una hecha la Santa Madre Teresa, y enterrado en ella su hermano, y otra un clérigo llamado Julián de Avila, su confesor y compañía en el camino a sus fundaciones. Estas dos quedaron, y otra que iba haciendo Guillamas para sí.

29. Pues hecha la traza, acrecentáronse tres más; como y por la poca posibilidad pareció a Mena que por entonces se hiciese sola la iglesia, y formadas las capillas sin hacerse, concertamos los dos en esto. Y al postrero día de los tres, jueves, seis, a las cuatro de la tarde, fué forzoso tornar a entrar en el convento a mostrarles las trazas y conferir lo que se había de hacer. Fuimos a la huerta con ellas, que desde allí se veía la obra que hacían de la iglesia, y sentados junto a una fuentecilla, en un poyo, el confesor y yo, y la Priora y Superiora a una parte, y Inés de Jesús y la monja, que me había dicho mi confesor, a otra, y en medio una mesilla baxa con las trazas, yo les propuse que aquella iglesia no iba bien, y que convenía derribarla por el suelo toda, y ya que no se podía ensanchar por el sifio, que convenía alargarla un pedazo, y formar capillas, ya que por ahora no se hiciesen las que queda dicho, y hacer un pórtico muy hermoso. Propúseles tantas cosas, como si tuviéramos cincuenta mil ducados en un arca para ella, y no había ni una blanca. Pero en mi corazón más había que era, una grandísima confianza, con un grande afecto, que el Señor por su misericordia fué servido ponerme. Todas dixeron que aquello todo estaba muy bien, que yo hiciese lo que quisiere. Sola la Priora reparó y dixo: «Señor, ¿de dónde se ha de hacer ésto, que no hay una blanca?» Yo le dixe: «Madre, Madre, no tenga cuidado de esto, que Dios lo proveerá». Y mirando a las monjas en risa, dixe: «Hay más que vender un par de monjas y se hará la Iglesia?» Con todo, no quedó satisfecha, y los demás, sí que tenían la misma confianza a lo menos con la que yo me entendía sé que la tenían sin haberle más hablado.

30. Una cosa hice, a mi parecer, de poca fe, en aquel punto de lo que el Padre confesor me había dicho, que me vino a la imaginación si aquel Padre sabía o entendía algo de las monjas, o le escribían, o escribir él. Y preguntéles allí: «Señoras ¿háles escrito, o han, a un fraile de tal Orden sobre esta obra?» Ellas dixeron que no, ni sabían de nada, ni se trataban sino con muy pocos y de su

Orden. Yo quedé un poco suspenso, y queriéndome despedir, dixe con buena confianza: «No hay sino que comencemos luego a derribar esta Iglesia, que Dios nos ha de ayudar, y todos pediremos limosna y ayudaremos a Guillamas a esto.

31. Y con esto nos despedimos el confesor Mena y yo. Y a la mañana, viernes de mañana, torné a oír misa en el monasterio y me despedí de la Priora y de las otras tres monjas por la grada, y tomé el camino para El Escorial, que es el derecho para Madrid; y sábado tuve una carta de el Duque, que el embajador persiano llegaría aquella noche a San Lorenzo, que Su Majestad mandaba asistiese yo con él, y el Prior a mostrarle la casa, como se hizo el domingo desde muy de mañana hasta las dos después de medio día. Y a esta hora él se partió su viaje para Lisboa, donde había de embarcar y yo para Madrid, donde llegué al anochecer. Resta decir que en todo el camino, desde Avila hasta Madrid, no pude apartar de la imaginación, y me daba el espíritu que sería bien pedir yo esta limosna, pues hacía derribar la iglesia; y que cuando llegara la que fuera menester, yo, de mi hacienda, aunque tengo bien poca, o aunque me vendiese la hiciese. Y así.

32. Apeado en mi posada, inmediatamente fuí a hablar a mi confesor, primero que viese a nadie, que querían ya cerrar la portería y llevábale todas las trazas viejas y nuevas. El no me dixo otra cosa sino que nada quería ver aquella noche: sino que otro día lunes, de mañana, le viese y llevase las trazas. Parecióme que debió de tener larga oración sobre el caso como abaxo diré.

Fuíme a reposar a mi posada sin entrar en palacio ni ver a nadie y a la mañana lunes, a la hora puesta, fuí y mostréle las trazas, y contéle todo cuanto había pasado, y como no pude hablar a la monja que me encomendó, sino dos palabras. Y por saber quién era la compañera, si me lo decía, pedí en Avila al Padre Mena los nombres y oficios de todas las monjas, así seglares como del coro. Y preguntéle: «Padre ¿cómo se llama la compañera de la monja que me dixo?» A esto me respondió: «Ella lo sabe, sin querérmelo decir». Y así le mostré las trazas, y di todo a entender, y como era fuerza derribar toda la iglesia, que iba de piedra seca y barro, y tornarla a sacar de sus cimientos, y hacerla de sillería toda. Dixo: «Está bien todo así. Lo que agora ha de hacer, es ir a Guillamas, y en presencia de su mujer, decirle cómo conviene esta iglesia hacerla así, y que será costosa, y hacerles un requerimiento, una y dos veces, que sino la quiere hacer así que se la dexé toda, que él la hará y ofrézcales algo porque se la dexen a él solo; y si se la dexan, bienaventurado hombre». Esto dixo, poniéndome las manos en los

hombros: «Mas ha de hacer, dice, si no se la dejan; ha de ayudarle a pedir la limosna. Y pídala al Rey y a la Reina, y al Duque, y a los Grandes y caballeros de la corte». Nombrándome algunos, «y al Obispo de Avila, y al Marqués de Velada; y él, sobre los seiscientos reales que ha ofrecido, cúmplalos a mil reales, y tome un papel, y vaya escribiendo en él, por la orden que fueren dando las limosnas, lo que da cada uno, por su orden, como lo fueren dando; y él escribase también que da mil reales para la obra, sin lo dado». Me lo dixo dos veces que lo pusiese así, y que, como de mí, dixese a Guillamas que él también diese limosna y también lo escribiese, y que al Rey no le pidiese hasta el postre, de manera que con la limosna que Su Majestad diese, se echase la clave a la bóveda y se acabase. Dixo más con un grandísimo afecto, «que el Señor tenía librada su salvación de todos cuantos diesen limosna para esta obra en este servicio, que le habían de hacer de darla; y esto aunque fuese muy poca». Yo quedé muy maravillado de las trazas de¹ Señor. Sea bendito por ello.

33. Quísemę despedir; y ya que me iba, dixo: «Espere, que queda otra cosa, y como recorriendo su memoria, dixo que en toda la iglesia no había de haber armas ni letrado de nadie. Yo le repliqué: «Las armas de Nuestra Señora, ¿no las pondremos?» Dixo: «Esas sí». Con esto me despedí, y fuí desde allí en casa de Guillamas; y en presencia de su mujer, hice el razonamiento, y de cómo me había ido en el camino y allá. Y con gran disimulación les hice el requerimiento, que la obra sería muy costosa; que me la diesen, que yo les daría mil ducados. Estuvieron suspensos y pensativos un rato, mirándose el uno al otro. Respondió él, que no me la dexaría a mí solo, aunque le diese diez mil ducados. Yo le dixé, que pues no quería dejármela, que yo le ayudaría a pedir la limosna, y cumpliría sobre los seiscientos reales a mil, y así se los dió en plata la resta. Y como es quien paga toda la Casa real, en sus gajes han librado muchos de los que han dado la limosna. Despedíme de él; volví a decir a mi confesor lo que había pasado, y tornó a lamentarse de la mujer, cómo había desistido al marido en que desde el principio fuese bien. Tornó a tratar de las monjas, y preguntó por la Priora; y dixo que en esta obra ella era mujer de poca fe, más que las otras. Y esto otras muchas veces me lo ha dicho.

34. Hasta hablar a Guillamas y volver al Padre confesor, en estas idas y vueltas pasó tres horas, de las ocho a las once. A esta hora fuí a palacio, y ví al Rey y al Duque. Díxeles cómo me había ido en el camino, y les había trazado de nuevo la iglesia, porque la llevaban mal fundada. En esto se entró Su Majestad a misa al

oratorio; y al cabo de un poco, paseando en la galería de el poniente de la Casa real, el Conde de Nieva me preguntó: «¿Dónde hemos estado estos días señor Fu'ano?» Yo le dixé adonde, y que unas pobres monjas de San Joseph de Avila llevaban una iglesia de tal manera, que era menester derribarla y hacerla de nuevo. Dixo; «¿De qué dinero?» Yo le dixé que de la limosna que daría su señoría y todos los caballeros de la corte. Díxome: «No se meta en eso, que anda todo muy alcanzado.» y dió una vuelta y volviómé las espaldas. Sabe Dios si quedé un poco triste, viendo que a la primera persona a quien había pedido, me había salido en blanco. Mas el Señor proveyó de tal manera, que a tres o cuatro pasos que dió a la parte contraria, volvió a mí con gran fervor, y dixo: «Para esa obra yo quiero ser el primero». Y entróse en un cubillo, donde en palacio tengo las trazas, y tomó tinta y pluma, y hizome una libranza en sus gajes de cien ducados. Yo alabé a Dios. Y dende a poco antes de salir el Rey a comer, le mostré las trazas viejas y nuevas; y dixé como forzosamente se había de derribar la iglesia y tornar a fundar, y hacer de las limosnas que Su Majestad, y los caballeros y personas de su corte diesen, y que ya había buen principio, porque el Conde de Nieva me había dado cien ducados, y mostréle la libranza, que casi no estaba seca; pero que iba pidiendo a todos; que ahora no le pedía nada a Su Majestad hasta la postre; que pediría a los caballeros. En esto llegó el Duque, y díxele lo mismo, y mostré la libranza, y dixé que a todos pediría, si no a Su Majestad, que no le pediría hasta la postre.

El Rey dixo: «Bien; pedid por allá»,

35. Cogí las trazas y fui pidiendo. No vine ese día a comer a mi casa, y ya tenía casi cuatrocientos ducados, que fué harto para no haber pasado sino medio día que vine de Avila. Fui aquel día, y otro y todos, pidiendo á unos y á otros, desde el Grande al caballero y otras personas de la Casa Real. Los Grandes me dieron, los más, a quinientos reales en dinero: otros en sus gajes, y a cien ducados. Dióme la Reina quinientos reales, y su camarera mayor, trescientos; y el Duque de Lerma quinientos; y todos los fui asentado por el orden que lo fueron dando, como me lo habían mandado. Y ya, como había con qué invié mi aparejador de las obras de el Alcázar de Madrid a Avila, con las trazas, a que concertarse la obra; y llegó allá dos días antes de San Joseph, que es a diez y nueve de Marzo; y ese día allá la remató la obra en un tanto, que fué cuatro mil y novecientos ducados, sin las capillas; que por haber la piedra en aquella tierra junto a la obra, fué tan

barata. Aunque después se ha acrecentado la obra, que llegará a doce mil; como abaxo diré número 51.

36. Pues yendo pidiendo la limosna, me ácaecieron cosas, que por no alargar, diré solas dos. Una, que el Duque de Peñaranda, hijo de el Conde de Miranda; me había de haber dado docientos ducados de cierta cosa días había, y muchas veces me decía: «Yo libraré aquel dinero». Y como le pedí limosna para esta obra muy declaradamente, no le pude catequizar que le pedía limosna, sino los doscientos ducados, con decirselo muchas veces. El no lo tomó sino por esto; y tomó la pluma y hizome mi libranza y dióme la. Yo le dixé: «no pido esto, y ya lo he dicho muchas veces, sino limosna en sus gajes para esto». Entonces dixo: «A eso y a esotro». Tornó a tomar la pluma, y hizome libranza en Guillamas para este efecto. Yo alabé a Dios de que se sirviese de hacer mi negocio primero que el suyo.

37. La otra fué que el día de Señor San Joseph, estando el oficial concertando la obra, y yo en Madrid, como he dicho, pidiendo limosna; y este día de este Santo bendito dixé entre mí como había pasado el mediodía, que eran las doce y media del día; «hoy día de el bendito Santo ¿no nos ha de dar Dios algo para su iglesia»? ¡Cosa maravillosa! que le pedí a cierto personaje, y estando haciendo una libranza de cien reales, llegó otra persona y preguntó. «¿Qué se hace aquí»? No porque lo ignorase, porque me había dado una poquita limosna para cumplir con sus criados. Con todo dixímosle el otro y yo lo que era; y fué escribiendo. El que llegó tiróme disimuladamente de la capa, y dixo, apartándome un poco, y díxome: «Para esta obra yo daré mil ducados, y de hoy en seis meses, con condición que no lo ha de saber persona nacida en el mundo; porque lo hago por Dios, y no importa que lo sepan los hombres». Yo se lo agradecí, y prometí de no decirlo a nadie, como lo he cumplido, y cumpliré en no decirlo; pero el caso, sin decir quién a muchos lo he dicho, para que se alabe a Dios. Fué tan legal esta persona, que a los tres meses, menos tres días, me dió los mil ducados, en reales de a ocho y de a cuatro. Y sé yo que los tenía en cuartos, y le costó a su mayordomo cuarenta ducados trocarlos en plata. Yo los envié luego al licenciado Mena, confesor que he dicho de las Monjas; porque es el que asiste a la labor de la obra, y pagar los oficiales; y esto ha hecho, y hace con grande cuidado. Díxele por una carta el caso y a las Monjas también.

Escribiéronme que fuese quienquiera no lo querían saber; pero de encomendarlo mucho a Dios en su vida se olvidarían.

38. Diferente fué este caballero que otro, que habiéndosela pe-

dido algunas veces, la última se resolvió que no me daría una blanca, ni una tabla para esta obra; y parece se enfadó. Certifico la verdad que no pasaron veinte horas de como me dió esta áspera respuesta, que dentro de ellas perdió al juego treinta mil ducados, y anda bien alcanzado. A este modo podía decir mucho; pero baste esto, y decir que mi mismo confesor, con no poder tener dineros, ni le toma en su mano jamás, quiso ganar este premio, y me dió para la dicha obra mil y docientos reales en plata enviando un billete a un amigo suyo que me los diese. A otras personas religiosas he pedido, y me han dado, así frailes, como monjas, lo que cada uno puede; que con nombrarles para la iglesia de San Joseph, la primera que fundó la Madre Teresa de Jesús, luego las mueve Dios a darlo. Hasta hoy no he pedido a persona, que no sea conocida mía. Yo quisiera pedir a muchos, porque ganaran mucho muchos; mas por la bondad de el Señor tengo muchos conocidos. De todo lo que hacía y de lo que me daban, siempre he acudido a dar parte a mi confesor. Y cuando sabía que me daban, decía «¡Oh beatos hombres!» Y cuando decían que no me daban, le pesaba en gran manera, que en forma se entristecía y lamentaba mucho. Y a algunas me dixo que les echasen personas o terceros, amigas o parientes suyos, para que les induciesen a dar.

39. La obra se derribó toda en bien breve, y se deshicieron hasta los cimientos viejos, y se empezaron a abrir las zanjas para los nuevos. Y los de la ciudad de Avila como veían que en pocos días habían levantado la iglesia, y luego la tornaron a deshacer, maravillábanse, y preguntaban, quién hacía aquella obra. Nadie sabía decirlo. Algunos juzgaban que las monjas estaban muy ricas. Y podría ser algunos lo tuviesen por locura de el que la hacía, en derribar. Otros decían que aquella era obra de Dios. En fin, a los principios hubo diferentes pareceres.

40. Pues, como atrás he dicho, el Duque de Lerma me dixo habíamos de ir juntos a Lerma; por sus ocupaciones no pudo él. Invióme a mí con su tesorero a que juntos fuésemos y trazásemos lo que se había de hacer allí en sus obras: digo, yo que lo trazase, y el otro que lo gastase. Esto fué a tiempo, que el día de Nuestra Señora de Marzo estábamos dos jornadas antes de Lerma. Y hízose esto así. Y trazado lo que tenía, tuve carta del Duque, que desde Lerma me viniese a aguardarle a Valladolid, que estaría allí en San Pablo para el Domingo de Ramos y toda la Semana Santa. Vine a Valladolid, y también por sus ocupaciones no vino; y así escribió que me viniese a San Lorenzo, donde el Rey estaba; y en todo caso llegase para el Jueves Santo. Esta carta recibí Mar-

tes Santo en la noche, y como no podía llegar en un día Miércoles, resolvíme de venir Miércoles a Avila. Y salí de Valladolid con buena cabalgadura ese día, a las siete de la mañana y llegué a Avila Jueves Santo, a las siete también de la mañana y hay veinte leguas. Hablé a la Priora y a las tres monjas que nos juntamos en la huerta a ver las trazas. Y el Provincial, que había estado allí pocos días había, dejó licencia a la Priora, que yo hablase a las monjas que quisiese. Hallélas muy contentas, y empezada la obra.

41. Fuímonos a los oficios el licenciado Mena y yo, y ellas a su coro. Y a la tarde pedí licencia para hablar a la monja, para quien había traído el recado de mi confesor. Habléla en el locutorio, cerrados sus velos y rejas, que nunca se habla allí, menos si no es con Padres suyos. Y yo, con haber tanto tiempo que la trato, no he visto monja de ellas, sino una la que abaxo diré. Pues tratamos muy largo de todo. Contóme muchísimas cosas, todas correspondientes con las que mi confesor me había dicho, que alabé a Dios. Preguntéle por su compañera, y cómo se llamaba. Díxomelo; y por la memoria que tenía de todas, caí luego en ella. Es monja seglar, y muy simple o sencilla para las cosas del mundo; y para las cosas de espíritu, gran persona, muy gran sierva de el Señor, y recibe de su mano muy grandísimas mercedes. Entre ellas fué darla parte cuando se hacía la iglesia mal hecha, que no había de ser así, y que ella lo vería. Y lo mismo había dicho a su compañera. Y díxome esta monja, que el Señor fué servido se comunicasen las dos en esto de esta iglesia, y que al primer principio la seglar había escrito a Guillamas la hiciese; y así la empezó con aquella pobreza. Díxome muchísimas y grandísimas cosas de su compañera; y siempre se iba echando fuera, atribuyéndolo todo a la seglar, y que ella no era sino como lengua de la otra. Y como no hablaba con nadie por ser seglar, o pocas veces, la de el coro hablaba por ella y escribía.

42. Muchísimas cosas me dixo conforme a las de mi confesor; entre ellas, lo que ganaría con Dios el que hacía limosna para esta obra, y otras muchísimas cosas, que no son para poner aquí, pues no son para este efecto. Díle el recado de mi confesor, pues la primera vez que allí fuí no pude. Recibiólo, y que lo diría a su compañera. La cual aice le había dicho, que en la oración tenía noticia de este Padre y que le dixese que esta sierva de Dios, su compañera, era muy devota de San Antonio de Padua, y que le había alcanzado de Nuestro Señor, que este Padre, entre millares de su Orden, fuese el que entendiese en servir a su Majestad en esta obra. A mí me dixo otras cosas de parte de su compañera, que no hay para qué decir-

las aquí, que para el efecto no son apropiado. Mas una, sí, que enmendase mi vida, y fuese muy humilde en todos mis caminos. Bien veía que lo había bien menester, pues tanto la he empleado toda ella en ofender a tan gran Señor. Sea por todo bendito y alabado.

43. En fin, a cabo de estar casi tres horas juntos me despedí; y dixo dicese al Padre, mi confesor; de parte de entrambas, harían lo que les pedía, y ella, aunque miserable pecadora, lo haría mientras viviese, y aceptaba de muy buena gana la participación de sus sacrificios y oraciones. Díxome la diferencia que había habido en lo de el hacer la iglesia de bóveda o madera; y que todo el convento, las más eran de parecer que de madera; y lo decían en presencia de ella y su compañera. Como sabían lo que se les había dicho a cada una de por sí en la oración, callaban y miraban la una a la otra. Y como veían continuar la obra, y por otra parte habían entendido al contrario, decían a solas entre sí: «¿Cómo ha de ser esto, que se nos ha dicho?, que la obra va muy adelante, y pondrán presto las maderas». Causábales alguna confusión; pero por otra parte tenían certeza que la palabra había de ser verdadera, como ha sido, y para siempre será. Díxome una cosa: que para haber de fortificar, y sobre las paredes y rejas poner y levantar las recuevas, habían dicho los oficiales que era menester poner un botarete o estribo, que caía dentro de el capítulo; y que se juntó el convento a tratar de ello, y se resolvió que no se echase, ni se ocupase el capítulo. Y que las cegó Dios de tal manera a todas que cuando yo les traté de derribar la iglesia para hacer la nueva, fué menester derribar todo el capítulo. Y sin haber réplica ninguna en todas, dieron su voto que se derribase capítulo y iglesia. Pues en verdad, que no podían tener confianza en el trazador que les dixo que la derribasen: pues no le conocían, ni habían visto otra vez, ni sabían era rico, ni poderoso, sino un pobrecillo, que es asco pensar que podía ni valía nada; y el Señor las cegó para que no viesen ni cayesen en esto.

44. Despedido de la monja, que era ya casi noche, Jueves, fuíme a la iglesia, que por estar derribado el cuerpo de ella, y atajado un pedazo en la capilla mayor, allí hacían los oficios estrechamente. Estaba entonces el Obispo de la ciudad; y por la ocupación de el tiempo santo no pude verlo, ni pedirle la limosna que se me había mandado. A las diez de la noche fuíme a la procesión de la disciplina con el licenciado Mena. Y andando en ella, un caballero conocido mío y deudo de Guillamas, llevaba un cetro guiando la procesión con los demás. Hablóme, yendo así, pocas palabras. Entre ellas, sin decirle nada yo, me dixo me daría limosna para

ayuda a la reja de la iglesia. Viernes Santo, de mañana, hube de ir de Avila a San Lorenzo, y fuí a despedir de la Priora. Y como íbamos con la iglesia con intento de que no se hiciesen por entonces las capillas, ella, entre otras cosas, me dixo que tomase una de las capillas antes que las tomasen otros para mi entierro. Esto debió de decir para aficionarme a que acudiese, con más cuidado que a ella le parecía, a las cosas de su iglesia; porquela veía derribada, tal cual ella se la tenía, y no tornada á hacer; porque siempre dudó en que había de ser. Yo, cierto, como miserable, cobré un enojo contra ella y conmigo, de repente, porque tenía en Santiago de aquí de Madrid mi capilla, que había labrado con mucho cuidado, pocos años había, y puesto en ella a mis padres; y aunque pequeña muy enriquecida de pinturas, y con buena arquitectura; y que la Santidad de N. M. Santo Padre Paulo Quinto me había hecho gracia de altar privilegiado de misa de alma los lunes, miércoles y viernes, y un jubileo para el día de San Cosme y San Damián, cuya vocación y de San Andrés, es la capilla. Y tenía tratado con el hermano Pedro, de la Orden de Juan de Dios, que había de ir a Roma, y traerme de Su Santidad más jubileos. Como después fué a Roma, y lo hizo, que truxo cinco cada año perpetuos, las cuatro fiestas principales de Nuestra Señora, y el día de San Andrés Apóstol, con una cofradía, que en una capilla Su Santidad instituyó.

45. Yo le respondí: «Madre Priora, no tiene que tratar de eso, porque yo tengo en Madrid capilla de esta, y de esta manera; y no hay que tratar de ello» y con esto cerré la plática. Ella la tomó con decirme: «Señor, ¿qué habemos de hacer si se nos muere Guillamas»? Porque aun no le había dicho pedía la limosna tan por extenso. Yo le respondí: «Muérase Guillamas, muérame yo, muérase todo el mundo, que la iglesia se ha de hacer, y muy bien; y con tanto cumplimiento, que después de acabada hemos de andar, engastando joyas por las paredes». Ella se consoló, aunque bien poco, viendo su iglesia derribada, y no teniendo certeza si se había de hacer. Despedíme de ella, y de las tres monjas, que a ninguna, de las demás nunca las veía, y fuí a mi posada, que era de el licenciado Mena, como he dicho; y queriendo partirme para San Lorenzo que está nueve leguas, me dixo Mena: «Señor, tome una capilla en la iglesia antes que las tomen otros». Yo le respondí lo mismo que a la Priora, también con un poco de despego, y le dixé, que no tratase de ello, y entre mi: «¡Válame Dios, estos perseguidores que me quieren desviar el gusto y contento que tengo de mi capilla de Madrid!»

46. Y con esto me despedí, saliendo de Avila, Viernes Santo a

las ocho de la mañana; y llegué a S. Lorenzo, a las cuatro de la tarde. Vi luego al Rey, y díxele cómo había venido por Avila, y no había sido posible llegar de Valladolid a San Lorenzo para el Jueves Santo, habiendo tenido la orden de venir martes a la noche. Otro día, sábado habiendo acabado los oficios en San Lorenzo, a las doce y media, salió el Rey y la Reina de ellos a una galería de su casa, y trataron de mi venida por Avila. Tenía la reina entre sus damas una que era muy amiga de una de las tres monjas, que me hablaban con la Priora; y juzgo yo, por lo que ahora diré, que debió de escribir la monja a la dama, que se escribían muchas veces, cómo un hombre, de esta manera, les había derribado la iglesia. Díxome la Reina: «Venid acá, hombre, ¿qué os movió a derribar la iglesia a las pobres monjas»? Y esto con un poco de enojo, como que le parecía mal. Yo le respondí: «¿Qué sabe V. Majestad lo que me movió»? Ella respondió muy de presto, con el mismo modo que antes. «¡Qué! ¿Habéis tenido alguna revelación de Teresa de Jesús»? Yo bien acobardado, con mucha blandura le respondí: No, Señora; mas movióme ver que iba mal fundada, y si la acababan como iba, dieran con ella en el suelo; y pudiera ser, estando llena de gente, y los matara a todos». Reportóse mucho y dixo: «De esa manera muy bien hicisteis». Y volvióse al Rey y díxole: «¿No le da V. Majestad limosna a Mora para esta iglesia, que yo ya se la he dado»? A esto respondió Su Majestad: «El dice que no me la quiere pedir hasta la postre; mas sin que él me la pida, yo se la mando». Yo dixé: «Beso los pies de V. Majestad por esa merced, que no soy tan mal criado, que había de querer dexar a V. Majestad perder tan grande premio como el hacer limosna para esta iglesia; y a la postre yo lo acordaré a V. Majestad.

47. Ese día, sábado, llegué a Madrid, dos horas después de anohecido; que me despachó el Duque de Lerma para que el postre día de Pascua partiese de Madrid para Lerma, a la traza y obra de un Monasterio de Descalzas Carmelitas, que fundó allí. Y así, día de Pascua de Resurrección, por la mañana, fuíme a confesar, y dixé a mi confesor como había estado en Avila, y dado recado a la monja y lo que me había respondido. Ya como sabía quién era la monja compañera, quise probar al Padre, si era la mesma la que él me decía. Y persuádle mucho me hiciese merced de decirme quién era la compañera y cómo se llamaba. Tornóme a decir lo que antes: «Ella lo sabe»; y yo tonar más y más a porfiar. Al fin me dixo: «Llábase Fulana». Yo le repliqué: «Hay cuatro de ese mismo nombre en la casa; hágame merced de decirme cuál de éstas es». El, con mucha risa, me dixo el sobrenombre. Que yo alabé a Dios en

ver que sin saberse, ni escribirse, ni el uno de el otro, ni el otro de el otro fuese esto. Díxele lo que habíamos tratado la monja y yo y cómo ella se hacía nonada, y cómo la compañera era a la que hacía el Señor merced en esto de esta obra. El me dixo: «Ella es también como la otra». Yo le dixe: «Padre, díxome que su compañera decía que le agradeciese V. R. al Señor San Antonio de Padua el haberle el Señor tomado por instrumento para su iglesia». El bendito Padre volvió a un lado de la pared, donde tenía pegada una estampica pequeña de San Antonio, junto a una cruz de madera, que no había otras imágenes en la celdilla, con grande alegría le besó y dixo: «¡Oh, mi bendito Antonio!»; y me acuerdo que se le saltaron las lágrimas, y hizo harto para reprimirlas porque yo no lo viese.

48. Sin decirle yo nada de lo que me había pasado con la Priora y con Mena, porque me pareció disparate, teniéndola yo en Madrid díxome: «Tome una capilla de esta iglesia para su entierro, y lábrala y sea la más cercana al quicial de la puerta». Yo le respondí: «Padre, ¿no sabe que tengo aquí capilla, y con tantas indulgencias, y altar de ánima y consagrado, que lo consagró el Obispo de Chiopa, en seis de Abril de mil seiscientos y seis, y en la capilla de mis padres?». Díxome: «Déxelo todo y haga lo que le digo. Mire no se adelante otro a tomar este sitio que le digo. Mas querría dixo, el estar enterrado en esta iglesia, que en el Sagrario de la Santa Iglesia de Toledo. Tiempo vendrá que se tenga por bienaventurado el que alcanzare a enterrarse junto al quicial de la puerta, o en el cimiterio de esta iglesia. Mire que ha de obrar Dios grandes maravillas en esta iglesia. No dude en tomarla». El me convirtió de manera, que desde aquel punto me determiné a dexarlo todo, y pensé si sería bien llevar a Avila mis padres y vender la capilla de Madrid. Díxese lo luego. Díxome: «No haga tal; sino deje sus padres donde están; que se hace gran servicio a Dios en su capilla con el altar privilegiado, y váyase con sus hijos a Avila». Preguntóme por la Priora, si se estaba incrédula, diciendo: «¡Oh mujer de poca fe! Y diciéndole yo que estaba mejor en ella me dixo: «No, no; muy incrédula está en esta obra».

49. Confesé y recibí el Señor. Y vuelto a mediodía a mi posada, ya como a casa propia, la de Avila, empecé a recoger algunas cosas que tenía para adorno a la capilla de Madrid, y empaquetélas en una caja, y segundo día de Pascua, escribí al licenciado Mena y a la Priora, que yo había mirado en lo que me había dicho de la capilla, que quería hacerla y escogía para sitio la más cercana al quicial de la puerta, a la parte de el convento, que es la del Evan-

gelio, que de la otra es la huerta, y dije avisasen al General o Provincial para la licencia; y si la daban, me avisasen a Lerma, donde me volvía el postre día de Pascua, y fuese por vía de las Monjas Carmelitas de Burgos, que está allí cerca. Y al Mena le envié la caja de las cosas que he dicho, y que se las diese a la Priora; que aquello daba de limosna cierta persona, sin decirle en ninguna manera quién; y así lo hizo, y tuvo en hartos meses confusa a las monjas quién podía ser el que aquello les enviaba, hasta que, a la postre lo supieron de él.

50. Fuíme, postrero día de Pascua, a Lerma. Fuéme labrando el monasterio de las Carmelitas de allí; y yo haciendo a ratos las trazas para mi capilla de Avila, que ya por tal la tenía (que era en unas casas de dos particulares); y para ver algunas dudas que se ofrecían para el repartimiento de ellas, fuí a Burgos; y con licencia de el Prior de los frailes Carmelitas, y de el Arzobispo, entré en el monasterio; y ya la Priora de él había recibido respuesta de mis cartas, que envié, segundo día de Pascua, a Avila, y vino con ellas la licencia del Provincial para mi capilla, Hice en Burgos un poder para el licenciado Mena, que hiciese con las monjas la Escritura, y me obligase a darles por el sitio cuatro mil maravedís de renta perpétuos, que hoy pago. El me respondió que se holgaba de mi buena resolución; pero que él me perdonaba el haber escogido, sin verlo bien, tal sitio, porque lo quería él para sí; y así que me lo dejaba de muy buena gana; y que supiese que el sitio que había escogido, era el capítulo, donde a los principios de la fundación de la Orden y la casa, había tenido la Santa Madre sus primeros capítulos, y en él había recibido muchas mercedes de el Señor. Y finalmente, que en todo el tiempo que la Santa estuvo su cuerpo en Avila, cuando lo traxeron de Alba, hasta que la tornaron, siempre estuvo en aquel sitio, que, sin saber esto, yo escogía por capilla. Que fuese muy en hora buena, que él holgaba de ello. Yo le respondí a todo desde Burgos.

51. Ya las primeras cartas que tuve en Lerma, fué estaban hechas las Escrituras. Envié con un sobrino mío las trazas y dineros para dar principio a la capilla, junto con la obra, El me respondió, que él no quería capilla, sino una sepultura; pero que le parecía sería bien, que para que las monjas no anduviesen tanto tiempo sin acabar la iglesia, que sería bien que anduviesen en obra todas las capillas por mi cuenta; o por mejor decir, por la de Dios. Que sea bendito y alabado por siempre, que así lo ha hecho y lo ha cumplido; pues hoy están casi acabadas las capillas, y se está cerrando la bóveda de la iglesia de una piedra hermosísima que es

jaspe blanco y colorado, y toda la iglesia de piedra de sillería; y el pórtico de otra más fina, toda de berroqueño, que es para alabar a Dios. Y están gastados hasta hoy nueve mil ducados. Esto, sin San Joseph y el Niño, que va de piedra mármol de Génova; que la piedra la dió el Rey de limosna, y el Santo es de cuatro dedos más alto que el natural, y cuesta de hacer de sólo manos de el artífice, sin las insignias de sierra, vara y diademas, que han de ser de bronce dorado, seiscientos ducados de sólo manos: y asentada encima del pórtico de la puerta principal, donde ha de estar, costará ochocientos y cincuenta. Y la iglesia de todo punto acabada sin reja de hierro, retablos, ni adorno de pinturas, llegará sin contar lo que cuesta la hechura de el Santo, doce mil y quinientos ducados, poco más o menos. Las puertas se hacen de madera de angeln, de la India de Portugal, madera incorruptible, con clavazón de bronce dorado.

52. Todo esto he dicho para que se alabe a Dios, que es el que lo hace, y se vean sus trazas, y lo que quiere honrar en esta vida esta Santa. Qué mil veces me he acordado de lo que dice en el Libro de su vida, al fin de él por estas palabras: «Esto era todo en San Joseph de Avila, adonde también una vez entendí: Tiempo vendrá que en esta iglesia se hagan muchos milagros: llamarle han la iglesia santa. Esto entendí en San Joseph de Avila, año de mil quinientos setenta y uno». Paréceme que lleva buen camino para cumplirse esta profecía. ¡Y qué de veces me ha dicho esto mi confesor, intitulándola no por otro nombre sino la iglesia santa.

53. Réstame decir cómo en el tiempo que esta obra ha tardado en hacerse, no se le ha pedido al Rey limosna, sino agora, a la postre, como fué mandado, y así se ha hecho. Y Su Majestad ha ofrecido para dar fin a ella, veinte mil reales, y tiene muy grande devoción a esta Santa y a su orden. Y el Miércoles de Ceniza pasado, que ha hoy ocho días, estando en San Lorenzo el Real, fué a la librería y mandó llevar el *Libro de las fundaciones* de esta Santa a su aposento, y leyó mucha parte de él en presencia de algunos criados suyos, y recio, que le oían. Doy fe de ello; porque llevé y traxe el libro a la librería. Mi confesor de todo esto está muy gozoso, y me ha dicho que otras cosas tiene de hacer el Rey (Dios le guarde) en servicio de esta Santa, y a mí me ha dicho que yo le veré. También me ha dicho algunas veces, de las que en estos dos años, poco más, que ha que me confieso con él, después que se dió principio a esta obra, viendo el poco aprovechamiento de mi vida, y que todavía ando metido en el cenagal de mis vicios y pecados, que no me enmendaba un día más que otro: «Que mirase que enmendase mi vida, que tenía grande obligación, más que

otros, no me quitase el Señor la joya que me había dado, y la diese a otro». ¡Oh Señor! por la sangre preciosa vuestra os suplico, por quien vos sois, no mireis mis maldades, ni a lo que en esto, ni en todas las cosas os ha servido este miserable pecador; sino que, según vuestras grandes misericordias, hayáis piedad de mí, y me deis gracia para que en todas las cosas os sirva y ame. Amén, amén, amén.

54. He suplicado muchas veces a mi confesor, que, pues es tan devoto de esta Santa, le honre con decir su dicho en esta ocasión de su canonización, pues sé yo tiene tanto de qué. Y la última vez se lo escribí por un billete, al cual me respondió por escrito por las palabras siguientes: «No conviene que ofrezca yo para esto mi cornadillo; porque la diligencia que ahora se hace, es una ceremonia santa, pero no es el fundamento en que estriba su santa canonización; que para ello verán su aspereza de vida, paciencia, y la continua contemplación, revelaciones y milagros hechos por sus merecimientos. Por tales tengo a cada cual de sus monasterios, hijos y hijas santas, a sus dichos y libros. Y vayan a las aprobaciones de sus libros de los hombres más graves y eminentes de España, y trasladen al pie de la letra sus palabras, más divinas que humanas; que ellas darán suficiente testimonio de las prerrogativas y aventajados grados de gloria de que goza esa gloriosa Patriarca». Después de lo escrito, me dixo un día, que por ninguna manera diría su dicho; que lo dixese yo, sin nombrarle a él, ni a las dos monjas; y que para esto me daba licencia; con que mi dicho lo escribiese yo, y diese cerrado y sellado para los señores que lo han de ver, y no más. También me ha dicho que con lo que a esta Santa le sobra para su canonización, se podían canonizar muchos santos.

55. Bien sé que si se acierta a tomar sus dichos a las monjas de San Joseph, y entre ellas a estas dos, que a lo menos la lega dirá mucho porque, como es tan sencilla, lo dirá a mi parecer. Porque en estos dos años que he estado a solas dos veces con ella en el locutorio, con gran sencillez me dixo muchas cosas, todas sobre la iglesia; y como el Señor le había dicho, que aunque estaba tan adelante, que no había de ser aquella la iglesia, como se ha visto. También la Priora, que siempre ha estado con tanta incredulidad, tanta que para asegurarla que no me mudaría, ni dejaría de la mano aquella obra, me fué forzoso llevarle dos hijos míos pequeños difuntos, con que se aseguró algo, y los tiene en el coro en el nicho que tiene hecho para la Santa Madre, que atrás dixe: agora, a la postre, parece que está más segura de que esto no lo podían con esta brevedad hacer los hombres sin el favor de Nuestro Señor;

tanto, que ha pocos días que me dixo, cómo yo voy allí de dos a dos meses: «Agora, Señor, nosotras podemos decir lo que los de Samaria: Ya no creemos por lo que tú nos dices, sino por lo que nosotros vemos». También el Obispo de Avila, viendo mi continuación, me dixo un día: «Este es un milagro de la Santa Madre, traer tan continuo aquí a Francisco de Mora; que si le hubiéramos menester por alguna cosa, ni una vez no pudiéramos, por tan ocupado con el Rey, aunque se lo pagáramos muy bien». También los de la ciudad no acaban de entender lo que sea.

El Señor sea bendito. Amén.

Francisco de Mora.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.



Marqués de San Juan de Piedras Albas.

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN XIX

Publicaciones que afectan a la Reforma teresiana.

Número.....	2151	Precio de la obra..... Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición.....	»
Tabla.....	3	Valoración actual.....	»

21

